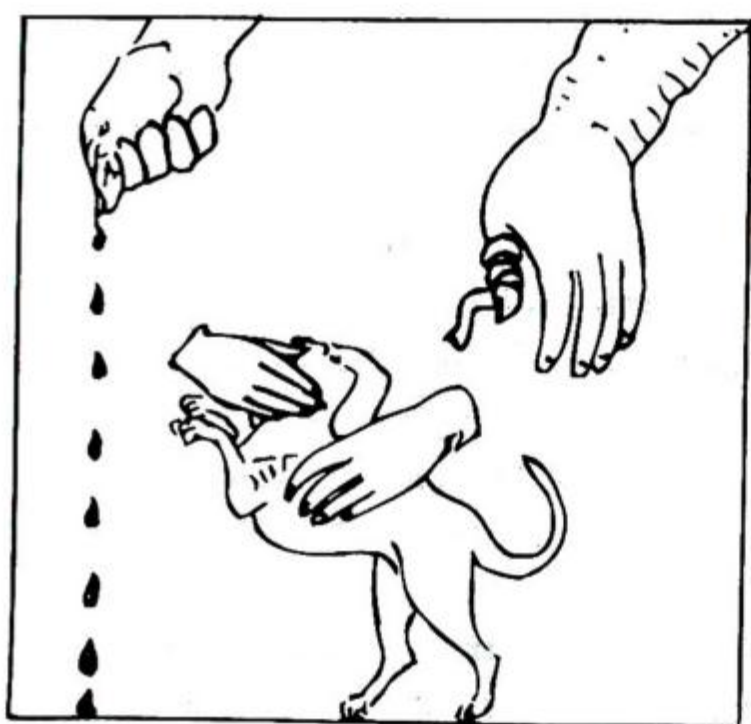


olvida de estos presupuestos, y nos ofrece un libro diáfano y abierto, como resultado del rigor que este ejercicio conlleva en los diversos campos del conocimiento y principalmente en el manejo puntual de los múltiples instrumentos verbales e idiomáticos.

Su apego a los textos de Baudelaire no es servil. Medida y atrevimiento para este estilo tan frágil y parco, para esta delicada tarea de desviar lo que en otra época ya ha sido desviado. Economía y condensación en el lenguaje, en una exploración aguda de los sentidos y las formas es lo que nos presenta Álvaro Rodríguez en estas recreaciones o transvasaciones. Sin perder nunca el ritmo, fiel en cuanto al sentido pero libre y generoso en cuanto a estos cambios necesarios que el léxico de la nueva lengua comporta. La versión final de Rodríguez es sobria, directa, sin adornos.



Como reza en las solapas del libro: "Toda la poesía que se ha escrito en el mundo occidental desde mediados del siglo XIX, en cualquiera de sus múltiples lenguas, formas o variedades, tiene su punto de partida en Baudelaire (1821-1867)" y, por supuesto, en su maestro E. A. Poe (1809-1849).

Tanto en Baudelaire como en Poe, sus poemas nos indican el camino; su prosa nos orienta teóricamente. En ellos se unen el genio poético (diálogo explícito) con la inteligencia crítica (diálogo implícito). Baudelaire tradujo a Poe y repite sus palabras: "La capacidad de sentir del corazón no conviene a las tareas poéticas", y añadiría: tampoco a las tareas de la traducción.

JORGE HERNANDO CADAVID

"Con coronas de nieve bajo el sol, cruzan los reyes"

Monólogos

Juan Manuel Roca

El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1994, 62 págs.

Juan Manuel Roca (Medellín, 1946) entra a la poesía colombiana por la puerta grande con un libro de poemas que triunfa en su ambición verbal de fuertes pinceladas, imágenes que van descubriendo no sólo una manera singular de escribir poesía, sino que develan a un país mismo, desgarrado en el dolor, en la impotencia, en la persecución y la atrocidad política de ese momento. Me refiero a *Señal de cuervos*, premio nacional de poesía de la Universidad de Antioquia, en 1979. Extenso mural pintarrajeado de sangre en muchas ocasiones, pero preciso y agudo en su lenguaje, portaestandarte de una ira colectiva. Roca ya era un poeta importante con este libro. Así lo reconocieron sus lectores y la crítica (la mejor crítica es, naturalmente, la de los lectores en su actitud dinámica: allí el escritor sigue vivo, o muere en su letrado anonimato).

Prolífico poeta, J. M. R. cuenta ya con un considerable número de libros de poemas: *Memoria del agua* (1973), *Luna de ciegos* (1974), *Los ladrones nocturnos* (1977), *Señal de cuervos* (1979), *Fabulario real* (1980), *País secreto* (1978-1988), *Ciudadano de la noche* (1989), *Pavana con el diablo* (1990), *Monólogos* (1994).

Aparece en su obra un lenguaje que acude constantemente a la metáfora, la perífrasis, el símil, imágenes de alta sonoridad, en ocasiones precisas y agudas en su ironía, en otras desgastadas por el ostensible abuso de "talento" para armar contrastes, al gusto, seguramente, del lector.

No trataré aquí de hacer frías disecciones, so pretexto de configurar un artículo crítico, y me contentaré con expresar el gusto por la obra de quien en los últimos años ha animado frecuentemente los escenarios de la poesía colombiana, ya con sus libros, ya con sus

reseñas, ya en los propios auditorios y festivales.

Voy a referirme a *Monólogos*, su último libro de poemas, publicado en 1994. Libro que compendia su más singular manera de escribir poesía. No es un libro-resumen de sus temas, claro, pero sí puede serlo de su voz. Parejo y preciso en los mundos sonoros de su predilección, no está exento de caídas en lo insubstancial, producto de su gusto por los apuntes humorísticos y de ocasión, que tan frecuentemente declaran enemistad a la poesía. Es por ello que en *Monólogos* percibo, sobre todo, un libro de instantes altos y bellos, pero también varios textos presentados como producto del talento del escritor, no de su emoción. El prosaísmo de ciertos poemas da cuenta más de la oportunidad para hacer "apuntes", que de calibrar con rigor el peso de las palabras: "No sé escribir, / Aunque por rara paradoja / Sea peso peso pluma. [...]" (*Monólogo del boxeador*, pág. 40).

Otro: "Soy aquel / Que tiene sigilo en la garganta. [...]" (*Monólogo del mudo*, pág. 50).

Lugares comunes: "Soy el rey del circo, patria del milagro..." (subrayado mío. [*Monólogo del rey del circo*, pág. 21]).

Prevalece, sin embargo, la poesía tensada con finos hilos de inteligencia y de sarcasmo, propia de un escritor infatigable que asume su realidad circundante en sucesivas imágenes que dan con un entramado de personajes en apariencia reconocidos por el lector, pero inmersos, aquí, en otra realidad: la del poeta. Es probable que estos personajes no hablen ni piensen de la manera como son presentados en el libro. Pero, ¿qué importancia tiene? En fin de cuentas, el arte es no sólo más subyugante, sino más creíble que las cosas chatas que impulsan los afanes y carencias de los mundos reales. ¿Puede un fabricante de espejos pensar: "Fabrico espejos: / Al horror agrego más horror, / Más belleza a la belleza..."? Seguro que no. Sólo que uno de ellos, al encontrarse este poema, sentirá mas amor por su oficio y hasta irá a una biblioteca a averiguar quién es Marc Chagall cuando continúe leyendo: "...El cielo se refleja en el espejo / Y los tejados bailan / Como un cuadro de Chagall...". Se sentirá feliz y bueno cuando más abajo vea que "...Al-

gunos construyen cárceles./ Barrotes para jaulas./ Yo fabrico espejos...".

Así, Roca va discurriendo de personaje en personaje, modelándolos como un escultor que en vez de piedra o mármol utiliza imágenes y sueños, evocaciones y revelaciones, música y silencio. Pero no les presta la voz para auxiliarlos en sus poquedades. Los inaugura y los abraza. Allí, también el cuerpo es un personaje con voz y pensamiento. Con preguntas: "¿Qué se han hecho/ Los sucesivos inquilinos/ Que he tenido/ En escamoteadas edades,/ El niño que nadaba en mí/ Como en un inmenso traje?/ Huésped de paso, mi morador/ Es rey de la sombra,/ Mandarín de soledades" (*Monólogo del cuerpo*, pág. 44).



Cuando Roca concentra su voz, y su pensamiento cae agudo sobre aquello que ha elegido para el poema, su poesía, además de la rica sonoridad a que ya he aludido, es vigorosa, contundente, enamorada. Porque la poesía no se alimenta de talento ni de cabriolas verbales que, muy probablemente, tengan de suyo otra naturaleza. El poema se alimenta de amor, de emoción, de lenguaje. En *Luna de ciegos* había escrito un bellissimo poema suerte de epigrama que, de alguna manera, sintetiza lo mejor de su escritura y donde, a pesar de ser la contundencia y precisión de las tres líneas el poema mismo, está le-

jos de ser sólo capacidad para inventar "al garete": "Estoy tan solo, amor, que a mi cuarto/ Sólo sube, peldaño tras peldaño,/ La vieja escalera que traquea". (*Días como agujas*).

O aquello de "Con coronas de nieve bajo el sol/ Cruzan los reyes" (*Epigrama del poder*), publicado en *País secreto*.

No hay en *Monólogos* nada parecido a esto, gran dinamismo verbal que configura en poquísimos rasgos un ambiente y una situación. En una la soledad y en otra la ironía política, dan al lector un vasto panorama con apenas casi un ademán.

Mala costumbre a veces la del lector (mía) que quiere de lo mismo, y echa de menos poemas como éstos en el presente libro y los ve reemplazados, me atrevo a decir, por-otro-tipo-de-asunto.

Monólogos, pues, es un libro que se lee fácilmente, de un tirón, paseando con agrado por su variopinto paisaje de personajes en ocasiones impensables (*Naturaleza muerta*, pág. 62) y siempre, o casi siempre, inusitado aprendizaje de territorios, de otredad.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Las intuiciones innatas

De viaje

Róbinson Quintero Ossa
Fundación Simón y Lola Guberek,
Santafé de Bogotá, 1994, 76 págs.

Creo que un escritor va bien cuando tiene abierta la puerta a sus intuiciones innatas y más profundas. Si escribes frases que no provienen de esa fuente, no puedes construir nada en derredor: ellas hacen que toda la página suene falsa. (Saul Bellow)

Quiero partir de esta afortunada frase del escritor norteamericano para referirme a los poemas de Róbinson Quintero en su libro *De viaje*, primer poemario publicado por el autor, aun-

que de él se conocían poemas "suelos" en revistas y lecturas públicas.

Y es que en este libro, bello por su mensurada levedad, existe una voz que, de principio a fin, sopesa su lenguaje, sobre todo en un mundo de intuiciones naturales, interiores, personales. Hay un hilo evocador que tiene su centro más importante en el silencio que late con la propiedad de la expresión, signo inconfundible de la conciencia del texto. Es evocador sin quimeras ni lamentos. Allí se hace importante esta poesía: en su desnuda belleza.

El poeta instala su observatorio hacia cinco grandes ventanales a través de los cuales va a configurar su propio universo conocido, su propio interior. De allí partió y allí vuelve al cerrar el libro: la infancia, la mañana, el viaje, la poesía y los amigos. Todo se dirime en esa suerte de Aleph borgesiano donde un punto es todos los puntos, una mirada todas las circunstancias.

Puede uno suponer al autor configurando temáticamente su libro y, para ello, juntando en pequeños espacios o compartimentos los más afines según sus aspectos y parentelas. Cinco espacios, cinco temas. También puede uno suponer (y comprobar) que si igual los deja en cierto "desorden" holgazán, el libro nada pierde (el ejercicio puede hacerse, como inducido por Cortázar). Esto, sólo para señalar que, más que un dudoso agrupamiento, lo que se impone en este poemario son sus atmósferas llenas de sentido, aquellas intuiciones naturales que nacen con un escritor y que es sólo tiempo la condición para que ellas asuman la forma de textos que revisten ya una perennidad, una presencia de verdadero alimento del arte.

En el primer poema (pág. 13), Róbinson Quintero nos habla de su pueblo natal, Caramanta, y el texto está enfilado totalmente hacia su última parte, que nos remite a su sentimiento de niño que, por ingenuo e inocente, es el que prevalece con toda su fuerza: "Cuando fui niño/ fue capital del mundo/ centro del universo/ puerto seguro". Ese arraigo, sin embargo, se mantendrá presente. Lo comprobaremos en el transcurso del libro, hasta el final. En el primer poema de los que hacen parte de *La poesía* (pág. 59), vuelve sobre aquel pueblo, y dice: "... Necesitaste del